

Notas

Segundo congreso nacional de la música

La hermosa idea sobre Congresos Musicales del Maestro Alberto Castilla, fundador y director del Conservatorio del Tolima, destacado apóstol del arte, músico de corazón y de genio, de afirmada personalidad y de una gran dinámica de espíritu, tuvo su segunda realización en Medellín, en los principios del mes de Julio de este año.

El Maestro Castilla quiso demostrar que en esta parte de Sur América existe la música popular, de originalidad acentuada, de colores vivos y propios y no menos rica que las del impresionismo moderno. A la manera como Eduardo Caba y C. Labin mostraron a Europa los temas musicales de mérito del Perú, Chile y Argentina y Rubén M. Campos y Julio Jiménez Rueda reconstruyeron la prehistoria musical de las Repúblicas Centrales para probar cómo bailes y tonadas llegaron a Europa hacia el siglo XVIII, se aclimataron allí y después volvieron con ropajes nuevos, así Castilla llevaba el decidido empeño de arrimar el "bambuco", la "cumbia" y el "pasillo" al terreno artístico, para mostrar también al mundo civilizado que muchos temas europeos tuvieron su inspiración en nuestra música folklórica.

Castilla era para Colombia lo que Manuel M. Ponce es para Méjico, guardadas las proporciones de este gran centro de cultura musical y nuestro profundo atraso en todo movimiento artístico. Ponce es un restaurador de temas populares y exaltó ante la América latina el grado de belleza que se puede obtener con esos aires cuando van a un hombre de corazón y de una gran técnica. Porque esto es lo que se requiere y no llenar claves con reglas mas o menos clásicas, mas o menos simbolistas. El propio Claudio Debussy, creador del "impresionismo", tan en moda hoy día y tan admirado por nuestros pocos músicos que se han educado en Francia, acabó aceptando la tesis de Felipe Pedrell: "Cada pueblo debe emplear el sistema *armónico-modal* que se deriva de su música popular". Castilla era un mantenedor de esa tesis.

Otros propósitos de este apóstol entusiasta fueron los de levantar nuestro atraso cultural; de elevar el nivel de nuestros músicos, gremializarlos, armonizarlos, ponerlos bajo el amparo de nuestras leyes sociales y romper las barreras departamentales para formar una república platónica, sin límites, ba-

jo una verdadera democracia, porque tal es, también, el arte de la música: una absoluta democracia, sin burguesía, sin castas, ni privilegios, dentro de la más plena igualdad del espíritu.

Conocedor de que nuestros músicos están llenos de parcas y bajas emulaciones y que la lucha los hace agresivos, poniéndoles pasiones en el alma que no nacen de sus espíritus, generalmente bondadosos, sino de la incomformidad y de la desigualdad de la vida y que el arte es un medio inadecuado e insuficiente en Colombia para satisfacer sus necesidades, como buen psicólogo de este ambiente incomprendido, propugnó durante toda su vida por ser la palanca que diera un vuelco a esta injusticia social.

Sabía también el Maestro Castilla que este gremio vive alejado de las funciones públicas, de los entronques políticos y de las influyentes relaciones sociales y deben acudir forzosamente a otros medios de trabajo para no vivir sometidos a un mediocre pasar. De esto deducía el Maestro la razón fundamental de nuestro atraso en la música y acusaba a nuestras entidades públicas porque jamás se han preocupado de los artistas, lo mismo que al capital y a la burguesía que en el contacto ocasional que toca con los artistas apenas si se acuerdan de ellos para restringirles el presupuesto de la boda, del baile, de la fiesta, o del entierro para subir el renglón del *champagne* o el de las *cortinas negras*.

Ni acuerdos, ni ordenanzas, ni leyes se han expedido para este gremio que nos dá alegría y nos hace más amable la vida. Ni los estatutos sociales de carácter general los comprende y por eso ni accidentes, ni seguros colectivos, ni descansos dominicales, ni cesantías, ni nada los favorece. Son los parias ante el Estado. Tienen la igualdad frente a las obligaciones públicas y están en la sima ante los derechos y los privilegios. A corregir estas injustas anomalías sociales iba igualmente encaminada la idea del Maestro Castilla.

Quién continuará de apóstol de este gremio desvalido? En el segundo Congreso de la Música debió surgir ese hombre y quizás aparecerá en el To-lima, ese gran centro musical.

En el Congreso hubo proposiciones, proyectos, acuerdos, orientaciones pedagógicas, y un saldo provechoso: la supervivencia de la idea que es un triunfo del ilustre fundador. Ella seguirá perdurando y del Combeima debe venir quién ha de reemplazarlo. Allá tienen el deber de presentar el sustituto que auna estas legiones incomprendidas en bien de la cultura patria y de la justicia social.

De las exhibiciones musicales tenemos una deducción precisa: progresan los que tienen auxilio del Estado.

Es el caso de la Sinfónica. Esta se llevó la supremacía y la llevará siempre. Tiene varios guiones extranjeros que son insuperables. En las cuerdas se presentaron dos violines, una viola y un violoncello; en la madera una flauta y un oboe, y no sabemos con precisión si un fagot, ni si hay en los cobres los elementos alemanes e italianos que no formarán parte de nuestras pequeñas orquestas provinciales, que están fuera del presupuesto nacional. Es una orquesta que goza del fuero centralista y que gozará próximamente, por razones que a nadie se escapan, de mayor favoritismo del Estado. Y esto no nos mortifica. Algún día esta nueva Roma se acordará de sus provincias y vendrán verdaderos emisarios del arte.

Entre las obras ejecutadas por la Sinfónica, bajo la dirección de la son-

riente batuta de Espinosa y de la mesurada de Valencia, una no es para nuestro medio. Nos referimos a la Pastoral de Beethoven, no obstante la truculenta literatura para explicar su sentido. Nos es grata en su primer tiempo, por sus motivos dulces y agradables, y cuando se inicia y rugen furiosamente la tempestad antes del último tiempo que recuerda al angustiado sordo en sus paseos por los alrededores de Viena entre truenos y relámpagos.

La parte última: "Los sentimientos de agradecimiento después de la tempestad" considerada como el himno del hombre renovado por la Naturaleza y como la más bella expresión humana de la beatitud, no puede compararse con las hondas meditaciones del "Andante" y la "Oda a la Alegría" de la Novena. Puede que esta sensación obedezca a las causas ya anotadas: a nuestra falta de preparación para oír este género de obras, consideradas por la crítica como la más alta expresión del espíritu activo y de múltiple acción de Beethoven. Pero si creemos que la Sinfónica, como homenaje a Medellín y naturalmente dejando el puente de su torre de marfil, ha debido ejecutar en su lugar algo de nuestros compositores de la Montaña: Gonzalo Vidal, Pedro Pablo Santamaría, Carlos Vieco, Carlos Posada Amador, José M^o. Bravo Márquez, etc. y así se hubiera cumplido hermosamente uno de los propósitos del Maestro Castilla.

"Coriolano" de Beethoven, nos era muy conocida desde la antigua Banda del Maestro D'Alemán. También la hemos oído con deleite por la oficial que hoy dirigen, con acierto y entusiasmo, Roberto Vieco y el Dr. Jorge Hernández S. y cuyas audiciones durante la semana del Congreso Musical fueron del agrado del público que nos visitó. "Coriolano" fué el paréntesis de la fuente literaria de Beethoven en el "Egmont" de Goethe para asociar su genio al de Shakespeare. Su interpretación por la Sinfónica hizo estremecer al público de entusiasmo.

Las diversas ejecuciones de la gran orquesta no fueron del todo impecables. Defectos hubo, imprecisiones se notaron, y fuera de la cuerda que trabaja con gran maestría y precisión, en el grupo de madera y en los cobres, por donde pecaron también las orquestas provincianas, nuestros oídos se resintieron en la afinación y, lo que es más desagradable, en la propia ejecución.

Destacamos como de ejecución nítida la Danza del fuego del amor brujo, repetida a insistente clamor del público, "Coriolano", "Las Bodas de Figaro" y el Concierto de Mendelsson en que se destacó brillante e inteligentemente Elvira Restrepo.

El concierto del Cuarteto de Cuerdas "Bogotá" con el concurso de Tatjana Gontscharowa (Pianista) e Israel Becerra (Contrabajista), verificado el 8 de Julio, a las 5½ p. m., en el Teatro Salón del llamado Palacio de Bellas Artes, con el Cuarteto en FA mayor -Op. 18, N^o. 1^o. de Beethoven y el quinteto en LA mayor -Op. 114- (La Trucha) de Schubert, superó en absoluto todas las emociones contenidas desde que conocimos su anuncio.

El Cuarteto: He aquí cuatro cultores del espíritu, cuatro grandes voluntades dominadoras dentro de un plano casi de igualdad matemática. Es la idealización de la más absoluta democracia. No hay uno primero; "todos son primeros entre iguales". El primero, segundo y tercer número de la Op. 18 (Allegro con brío, Scherzo y Allegro), fueron ejecutados con una gran precisión de conjunto, con vigorosa expresión y con afinación absoluta. Formaron un solo cuadro a cuatro tintas del mismo tono, sin preponderancia en el colorido del uno sobre los otros y con una sensibilidad tan extraña que mantuvo al auditorio en completa tensión espiritual.

En el "Adagio", el *ensamble* no fué tan perfecto. El *cello* cantó con preponderancia. Pero quizás sea este otro error nuestro. Pero queremos decir nuestra verdad: no la engolada e inconsciente de los apuntadores emotivos que abusaron del vocablo *virtuoso* y nos intoxicaron a diario con ditirambos y elogios inmotivados.

Esos artistas sí reivindicaron esa palabra en grado máximo: fueron los *virtuosos* del 2º. Congreso de la Música; ellos con Tatjana Gontscharowa y Elvira Restrepo.

El quinteto en LA mayor de Schubert, con el concurso de aquella imponente pianista, fué superior a nuestra emoción, y por eso decimos con énfasis: su labor representó una ejecución perfecta.

Schubert, nuestro autor preferido, fué un gran romántico y, como Beethoven, asoció su genio a los textos de Goethe al igual que Schumann amalgamó su inspiración a los poemas de Heine. Su quinteto no pertenece a la época de sus "Lied" cuando se arraigaba su espíritu a la creación popular y fué al empezar su gran proceso de introspección y al abandonar su sencillez melódica en busca de mayor riqueza de colorido cuando lo compuso, sin llegar al "impresionismo colorista" a que llegaron después sus imitadores de Rusia y de Francia.

Esta nueva orientación del "impresionismo" trata de abrirse campo en algunos pretensos herederos de los clásicos bajo el mosaico titulado "heterofonía" que consiste en una especie de modulación casi continua, en pequeños sectores tonales. Algo semejante, en el arte pictórico, a la supresión de contrastes en los colores, estableciendo entre sus tonos fuertes una progresión impalpable para buscar una especie de amortiguamiento. Tal ha sido la tendencia debussysta y de los "cinco" rusos que no han logrado, ni lograrán eclipsar la gloria de Haydn, Haendel, Mozart, Beethoven y Wagner, ni de Schubert, Schumann y Brahms.

Nació el *debussismo*, al que van adhiriéndose nuestros compositores criollos como a línea de menor resistencia, bajo la influencia de la literatura de Baudelaire, Mallarmé y Maeterlink. "Peleas y Melisanda", la "Siesta de un Fauno", "Flores del Mal" y "Fiestas Galantes" fueron inspiradas en el impresionismo, en el simbolismo, en la morbosidad y en el escepticismo de aquellos autores. Beethoven, Schubert, Schumann, Brahms etc., se inspiraron en Goethe, Schakespeare, Schiller y Heine. Dos fuentes en verdad bien diversas que debían producir creaciones muy diversas también.

Debussy escribió para una burguesía ávida de placeres momentáneos y los genios, citados, para la humanidad entera. "Os abrazo, oh millones de gentes" es el grito de la Heróica de Beethoven. En esos "Clásicos y Románticos" es la acción, es la humanidad, la naturaleza, la lucha del hombre, es la vida el poema musical; en aquél colorista, son pequeños estados anímicos al través de un kaleidoscopio, como gráficamente lo dicen sus intérpretes. Por eso Debussy no nos alcanza a conmover, apesar de su refinado gusto. Es un compositor genial y se le oye con complacencia, pero no deja en el espíritu más sensación que la de haber contemplado una bella acuarela que se esfuma al terminar la audición.

Y hemos hablado de Debussy porque en los programas musicales no falta nunca un número del apóstol de la nueva escuela, y durante el 2º. Congreso se ejecutó su *Petite Suite* y un número del más ferviente de sus continuadores.

En el climax descendente de esta revista, le toca el turno a la gran embajada artística de Ibagué, compuesta casi de un centenar de artistas, de estudiantes y de iniciados, armados todos de buena voluntad. Presidió la Embajada el compositor Guillermo Quevedo Z. y vino como director el Maestro Alfredo Squarcetta.

Y aquí empezó para nosotros un penoso contraste. Nuestra embajada oficial al primer Congreso de la Música en Ibagué estuvo compuesta de un médico distinguido y de otra persona, cuyo nombre no recordamos y que por cierto no asistió.

Pero así es todo lo nuestro: Se reúne el 2º. Congreso y no se forma una Sinfónica para esta festividad. Los programas son editados de afán y sin unidad de conjunto a costa de la Compañía Colombiana de Tabaco. Se declara en gran parte desierto el concurso musical y al único laureado Maestro Pedro Pablo Santamaría, compositor de muchos méritos se le entrega el premio en dinero y en taquilla, sin presentarlo en alguno de los actos públicos a los artistas que nos visitaron. Se arregla el Salón de Conciertos del llamado Palacio de Bellas Artes y en lugar de destinarlo a Conciertos, a ensayos de masas corales y de grande orquesta en preparación para el tercer Congreso Nacional de la música que se reunirá en Cali, se alquila a una empresa de cine. Y por último, se cobran las entradas al Teatro Bolívar en donde hacen su presentación las embajadas del arte nacional y se transmiten por radio y el pueblo no asiste entonces a la fiesta de la gran democracia que soñó el Maestro Castilla.

La culpa de esto? Ciertos intermediarios, armados de buena voluntad y de buena fé, pero sometidos al eterno voto directriz, no de los más audaces pero si de los que los rodean y han querido en cincuenta años, con sus sucesores oficiosos, ser los directores de nuestro atrasado adelanto cultural. Pero estos intermediarios no llevan del todo la bandera del desconcierto y de la desorganización. Es nuestro propio medio que no ha dado un Alberto Castilla, ni una voluntad firme que aúna los elementos dispersos con severidad férrea, o un gran corazón que haga un haz de todos nuestros artistas para que en conjunto armónico lo exalten como supremo director y orientador de nuestras aspiraciones culturales y bajo su comando se hagan estas organizaciones disciplinadas con independencia de intermediarios.

Aislado por su enfermedad el Maestro Gonzalo Vidal, que era el llamado, por sus indiscutibles méritos y capacidades, a presidir y dirigir el 2º. Congreso de la Música, por qué no se sometió a una postulación pública, dentro del gremio, el nombre de nuestros compositores antioqueños señores Pedro Pablo Santamaría, Carlos Posada Amador, José María Bravo Márquez, Carlos Vieco etc.? En todos ellos hay voluntad, méritos, inteligencia y patriotismo. ¿Elegido uno, pudo nombrarse la junta asesora e intermediaria con voz, pero sin voto. Y es que en este gremio la dictadura es necesaria. Bajo ese plan unitario, todos nuestros artistas se han podido congregarse y presentar a los extraños un gran programa de conjunto.

El programa musical de Ibagué fué el más selecto, el más inteligentemente seleccionado: Haydn, Debussy, Grieg y Quevedo, para la orquesta. Quantino, Palestrina, Martín, Williams y Dirven para el concierto vocal.

Squarcetta, el sucesor de Castilla, se dió cuenta de su misión. Con impecable elegancia, discreta dirección de los movimientos y con el más refinado

gusto en el manejo de la batuta, sostuvo la atención del público desde el primer número hasta el final.

Todo el personal de la embajada ostentó el luto por el Maestro muerto, bajo una presentación correctísima. El vestuario fué discreto y elegante. Distinto el de la orquesta del de las masas corales de hombres y éste del de las mujeres, dieron una grata impresión de severidad y buen gusto. El emocionante discurso del Maestro Quevedo para presentar lo que fué el bello legado de Castilla, la síntesis de su vida y de sus afanes, y la no menos hermosa composición leída por una de las damas al iniciarse la segunda parte del programa, contribuyeron para que se produjera en el público la más delicada emoción de la semana artística.

La orquesta del Conservatorio de Ibagué es un selecto conjunto. Las cuerdas obtuvieron un largo aplauso en dos de los números de la Suite N° 1° de Grieg y el conjunto orquestal un *bis*, pedido atronadoramente, en "In the hall Mountain King" de la misma Suite. La vivacidad binaria de este último número y la precisión de la batuta y de la orquesta, hicieron estallar en aplausos al público. Sinembargo, nos gustó más la ejecución del Adagio de Haydn y "Corteje" y "Menuet" de la *Petite Suite* de Debussy. El "Ballet" de este último autor es de compleja y difícil ejecución y dá la sensación de una hermosa policromía. La madera y los cobres son afinados, pero en la ejecución se nota alguna desigualdad. Sinembargo, ella es incidental, en términos que no aminoran el mérito de este buen conjunto orquestal.

Tal defecto desapareció en la ejecución de la *Suite* sobre "Aires Populares" del Maestro Guillermo Quevedo. Ese puñado de artistas y su director pusieron toda el alma en el estreno de esa bella composición, laureada con medalla de oro (primer premio) en un torneo nacional.

El Maestro Quevedo, compositor por temperamento y por herencia, y el Maestro Pedro Pablo Santamaría, nuestro apóstol de la música, compositor igualmente laureado en todos los concursos nacionales en que ha tomado parte, tienen derecho a llevar la más alta nota de distinción en la semana del Congreso. Compositores originales frente a nuestro panorama nacional, ajenos a toda influencia extraña, a todo snobismo, van formando el protocolo de nuestra música terrígena. Ni autores, ni literaturas, ni escuelas clásicas, neo-clásicas, románticas, impresionistas, simbolistas, renacentistas, etc., los influyen; componen sencilla y naturalmente, dibujando nuestros paisajes, nuestra vida, nuestras inquietudes y nuestra hermosa naturaleza, a la manera como Eladio Vélez y Luis Eduardo Vieco van pasando al lienzo, sin pretensiones, ni fanfarronías, nuestros más bellos panoramas, y cuando ellos son más bellos a sus almas de grandes artistas. Esto es verdadero nacionalismo, ajeno a la lucha por el lucro.

Varias veces quisiéramos oír esa tercera fantasía orquestal "sobre temas colombianos" del Maestro Quevedo, cuyas líneas literarias bosquejó él mismo con maestría. "Sin exhibicionismo y sin cátedra de tendencia artística" se desarrolló con exquisita pulcritud de matices y nos dió a sentir la nostalgia y "el mal de la selva". Expresó en verdad, el fondo de la tragedia forestal sin abusar de los ruidos cacofónicos. Múltiples y efusivas felicitaciones merece este nuevo cantor de la "Vorágine", y si las nuestras valieron un poco, allá van nacidas del corazón.

La segunda parte del concierto vocal se desarrolló con delicioso encanto. La labor del profesor Squarcetta ante sus masas corales, en un breve lapso que lleva al írente del Conservatorio de Ibagué, es digna de todo elogio. "O

Santísima" de Palestrina y "O Gloriosa Virginum" de Dirven, arrancaron consientes aplausos del público. A esos selectos grupos de mujeres y hombres esperamos aplaudirlos con mayor efusión en el Tercer Congreso de la Música. Tienen echadas las bases fundamentales de la cohesión, del amor y del entusiasmo y al frente de ellos está un gran director que tiene latente y vivo el recuerdo del Maestro Castilla, cuya sombra evocadora los llevará en el tiempo a la apoteosis.

Las exhibiciones nuestras, cuya revista debemos dejar para lo último por mandato de un deber de cultura y hospitalidad, las dividiremos en cuatro partes, con el rubro de sus respectivos directores y en el orden como se presentaron:

Carlos Posada Amador, José Ma. Bravo Márquez, Joaquín Fuster con Posada y Macia, y Jaime Santamaría.

Carlos Posada Amador: El Coral Fúnebre (Trompetas, Trompas, Trombones, Tuba y Timbales) del joven compositor, director de nuestra modesta e improvisada orquesta del llamado Conservatorio de Medellín, fué el primer número de las audiciones musicales durante el Congreso.

No conocíamos a Posada Amador. Sabíamos de su preclara ascendencia, no ajena al cultivo de la música, y teníamos informes de su consagración, de sus estudios en Europa y de sus inteligentes orientaciones en la armonía. Fué, pues, una grata revelación al avanzar los primeros compases y destacarse con caracteres firmes este nuevo cultor del arte. Imposible dar un concepto crítico, pero nuestra impresión fué de agrado. El coral parece haber correspondido a la idea literaria.

La Obertura de recepción merece un estudio de nuestros compositores. Es de factura clásica. Su evocación la explica el autor, pero debemos oírla a espacio para darnos cabal cuenta de sus propósitos. Sus canciones griegas, compuestas en el modo *frigio griego* y en el *hipodorio* y su cántiga sagrada, inspirada en el canto gregoriano, se adelantan un poco a nuestra cultura. Pero también nuestro sentimiento es este: nos gustaron las canciones, aun cuando mejor lo hubiéramos entendido bajo un tema folklórico. No seríamos osados al análisis, a la originalidad, a la verdad y a la elevada inspiración de estos cantos que se susstraen a nuestro conocimiento en estas difíciles disciplinas del espíritu.

Pero de aquí podría surgir una labor para el Tercer Congreso: pasar las composiciones de nuestro gallardo compositor a la crítica de una comisión, lo mismo que las demás composiciones no premiadas en el reciente concurso musical, que según informes son de mucho mérito. Sería labor constructiva y de estímulo para los que se dedican a estas altas actividades de cultura.

"Tres días hace...." de Antonio Ma. Valencia. Hermosa composición, influenciada por el *debussismo*. Domina el piano; la voz es apenas un recitativo y lo que tiene de melodía, está absorbida por la policromía que dibuja el instrumento. Es de gran sugerencia y muestra la pericia del autor que se educó varios años en Francia.

"Romanza de las Hadas" del Maestro Gonzalo Vidal. Algo debía tocar a quien consagró su vida al servicio del arte, sin ambiciones, sin granjerías, dándose todo a sus discípulos y formando estos dos grandes artistas que se llaman Teresa e Indalecio Vidal, cuya ausencia de los conciertos fué sinceramente lamentada.

Podría hacerse del Maestro Vidal un paralelo con el Maestro Castilla porque tienen esas vidas muchos contactos en la nobleza de sentimientos, apoz-

tolado, festividad y dominio de la música. Nos tocó una inolvidable reunión de los dos artistas con Escobar Larrazábal. Los dominaba aquella tarde la chispa del genio. Durante tres horas sucesivas estuvieron ejecutando cada uno sus propias obras, después se dieron temas para un desarrollo libre o sometido a determinado ritmo y todo fué una serie agradable de *improntus* que hizo estallar en frenéticos aplausos a los oyentes, entre los cuales se hallaban varios intelectuales que recordarán esa inolvidable reunión.

Su canción, fragmento de la Zarzuela "María", arreglada en libreto por el Dr. Emilio Jaramillo, nos recordó el cálido elogio que el Maestro Arriola le tributó en ya lejana época. Fuera de esta canción, Jaime Santamaria hizo ejecutar su elegante Polonesa y una artista en ciernes, María Elena Caputi M., ejecutó, por insinuación de quienes han admirado con entusiasmo al Maestro Vidal, su hermosísimo Zortzico, que le valió a la pequeña artista una efusiva felicitación del Maestro.

Si las directivas del 2º. Congreso Musical hubieran querido tributar culto al mérito, a la gratitud y a la justicia, han debido ordenar un programa dedicado exclusivamente a sus obras y a las de sus discípulos y nombrársele, además, Presidente Honorario del Congreso para tributarle así el homenaje que merece por su gran labor pedagógica en Antioquia.

"Elegía a la luna" del compositor Pedro P. Santamaria. La composición es de un género absolutamente diverso a la de Valencia. El canto se destaca silente y evocador en entrañable *ensamble* con la composición. Su delicada melodía va hilvanada con suavidad y ternura y con matices adecuados a la bella poesía de Ortega. El Maestro Santamaria es otro incomprendido por estar ya fuera de nuestro incipiente medio cultural, pero va por el camino angustioso armado de todas armas en pos de una victoria que le ha sonreído más de cinco veces en nuestros concursos.

Las ejecuciones de estas obras fueron correctas, quizás hubo demasiado esfuerzo en la cantante que estaba excediendo el esfuerzo físico con seis canciones sucesivas, mala distribución de los números y falta de combinación o armonía con otros programas de Medellín que se elaboraron con egoísmo y con lamentable exclusión por los diversos directores.

La ejecución de la orquesta, combinación de nuestros maestros con principiantes, estuvo aceptable tanto en la obertura como en el concierto de Mozart, dirigidos con algún titubeo, pero bien realizado el último por las hermanas Ana y Sofía Villamizar con el dominio completo que tienen en el piano. Estas artistas y los hermanos Posada Amador fueron las figuras centrales del programa. Y a este propósito réstanos un cálido elogio a doña Margarita Posada Amador en su solo de arpa sobre el "Adagio" de J. Haydn y por su exquisito acompañamiento a las canciones de su hermano don Carlos. El arpa es un instrumento nobilísimo, ingrato para la afinación, pero en las manos de doña Margarita se trató de vencer esta dificultad dándonos la impresión de que en no lejano tiempo será una gran arpista. A ella se le marca en nuestro avance cultural una misión: la de la enseñanza y un alto deber social: el de dejarse oír con frecuencia y estimular a nuestras damas la afición por su bello instrumento.

También realizó una de las obras de Posada Amador el bien llamado "Caballero de la canción", don Luis Macía. Este no necesita de elogios; su técnica, el timbre de su voz, su escuela y el gran cariño y delicadeza que pone a todo lo que canta, lo sitúan en un plano permanente de aplausos y felicitaciones.

José Ma. Bravo Márquez. El sólo nombre despierta la elación del cariño que ha conquistado en nuestra sociedad, este apóstol entusiasta de la música. Todo en Bravo Márquez es noble y generoso, hasta en sus errores y equivocaciones. En el amor a la enseñanza musical tiene toques con Castilla; en su cruzada en pro de la música sagrada tiene nexos con Pedro Pablo Santamaría y cuando toma la dirección de su infantil orquesta es igual a Posada Amorador. Con éste, tiene además, la semblanza en la composición; son sinceros en la intención artística. En la Sinfonía de los Andes se encontró a sí mismo.

Hechizado por Haydn, Mozart y Beethoven lleva a su pequeña troupe a la paz que respiran los "Cucus Benévolos", "Los Tamborilles" y la "Naderia" del gran Couperin, compositor de Cámara y concertista de Luis XIV, para transportarlos después al fondo dramático del Llano y a la gran epopeya suramericana. He ahí una alma buena que va de la niñez juguetera a la edad viril y patriótica.

La noche de su concierto tuvo su pequeña apoteosis con su emocionante canción de cuna. Allí debió terminar todo. Dejarnos el tema tradicional que ha arrullado varias generaciones al través de su espíritu hecho corazón. Fué el gran momento de ternura de esta semana de arte.

Medellín tiene una gran deuda con Bravo Márquez, pero éste nunca la cobrará porque su noble ambición es la de ser nuestro Yarof, el llamado Toscanini de los Cosacos. Va construyendo el climax sonoro y obtiene en su orfeón el crescendo de majestuosa amplitud del movimiento sin que esté lejano el tiempo del tenue pianísimo. Su sobriedad, su intuición, su exponaneidad y su buen talento lo sacarán adelante en esta empresa, que es casi una realidad.

Fuster, Posada y Macía. Fueron nuestros ases y nos atrevemos al posesivo porque los dos primeros tienen el tiempo de la presunción civil del domicilio y el tercero es nacido en estas montañas. El primero desarrolla una gran labor en la enseñanza del piano, del que es casi un virtuoso; el segundo sabe que Medellín y todo Antioquia, al través del radio, lo admiran, y el tercero comprendió que esta su tierra le abriría acogedora sus brazos después de sus avanzados estudios en Europa.

La Sonata de Grieg -Op. 45- para violín y piano, ejecutada por los dos primeros, en tres movimientos, fué un triunfo para los dos ejecutantes. Lo único lamentable fué la truculenta explicación literaria. El compositor escandinavo no se trazaba el tema; fué un mitómano. A lo más se sometía a la unidad de forma.

Las canciones a cargo de Macía tuvieron una brillante ejecución, sólo criticable por su larga serie, fatigante para el cantor y para parte del público.

Los números de piano al cuidado de Fuster, con obras de Falla, Uribe Holguín y A. M. Valencia produjeron la más grata emoción en el público. A Fuster lo conocemos y lo admiramos sin restricciones. A ninguno de sus conciertos se nos ha apuntado falta y sólo nos cabe lamentar que Medellín no haya correspondido a sus festivales de puro arte.

Seis extranjeros de mérito han hecho labor cultural entre nosotros y tienen derecho a la gratitud de nuestro pueblo. Son: Begué, Tena y Fuster, españoles, Mascheroni y Ferrante, italianos y la Sra. de Mejía, francesa. Por qué no se han aunado estas seis unidades valiosas con los Posadas, los Santamarías, los Viecos, los Solórzanos, los Ochoas, Indalecio Vidal, Jorge Mejía, Ortiz, Vélez, Lalindes, Calles y tantos otros artistas meritorios para fundar una gran Sinfónica, bajo el

auxilio del Municipio y del Departamento, y preparar desde ahora una embajada al Tercer Congreso de la Música que sustituya la unitaria del médico que enviamos a Ibagué? La autoridad del maestro Fuster no impone por sí sola esa voluntad férrea, disciplinaria y dominadora de que hablamos enantes? Hasta cuándo nuestros buenos elementos en la música vivirán dispersos, incomprendidos entre sí y del público, indisciplinados y tirando cada cual a su independencia? No es llegado el momento de utilizar la forma corporativa con este gremio meritorio?

Jaime Santamaría. Sólo, sin estímulo, sin ayudas oficiales y ante los obstáculos de ciertos egoísmos, triunfó en su concierto por la magnífica presentación de sus coros y por su programa del total agrado del público. Presenciamos personalmente las cálidas felicitaciones que le prodigaron, en la propia tarde del Concierto, las diversas delegaciones del Congreso.

El esfuerzo de este admirable pianista que es Jaime Santamaría, el más ingenuo de nuestros músicos y el más inquieto de los que forman la nueva generación, tiene muchos méritos.

Sus coros de "Marina" y de "Los Bohemios" produjeron sensación delirante en el público y las canciones compuestas por su hermano Pedro Pablo, ejecutadas por el tenor Carlos Hoyos, despertaron asimismo una grata emoción en el auditorio. Jaime Santamaría, discípulo y hechura de su hermano Pedro Pablo, le rindió a éste su afecto y gratitud enseñando al público la canción laureada en el concurso abierto para el 2º. Congreso de la Música: "Chinita", de bella letra de Libardo Parra y de hermosa factura musical de Pedro Pablo Santamaría. Fué la joya esplendente de la tarde.

Las altas directivas creyeron ver en ella un vulgar precio pagado en dinero, pero Jaime Santamaría demostró que las obras del espíritu se pagan con corazón.

Para terminar con esta larga labor debemos manifestar que a ello nos vimos compelidos por la obligante designación que a este efecto nos hizo la benemérita Sociedad de Mejoras Públicas y por la petición gentil e insistente del Director de esta Revista. No tiene la pretensión de una crítica, que no tenemos conocimientos para ello, ni de una investigación en los dominios de la estética: es la expresión sincera de lo que oímos y sentimos.

José Luis Molina M.